



SAN COSME

I.

La Ribera.

México es nuestra ciudad histórica por excelencia, y el suelo que pisamos es tan clásico como el recinto de Atenas ó el que ciñen las Siete Colinas. Desde que era corte de los reyes aztecas, desde que se llamaba la gran Tenochtitlán, hasta nuestros días, en que tiene el modesto nombre de capital de la República, ha sido y es el centro de la civilización de los pueblos que habitan el Anáhuac; el lago de luz á cuyo seno vienen á parar los raudales de la ciencia; el punto donde hallan eco mil y mil sucesos; el espejo portentoso que reproduce la imagen de las glorias y desdichas de la patria, y finalmente, el archivo de todas nuestras tradiciones.

Por eso cuando al rayo de la luna se recorren sus calles dilatadas, el espectáculo de los muros iluminados y de las sombras que empañan los del lado opuesto, como una gasa mortuoria, infunde en el ánimo un vivo afecto hacia lo desconocido: ¿quién no se ha dicho entonces, interrumpiendo un instante su paseo solitario, cuál ha sido la historia de esta ciudad, cuál será su suerte después de un siglo?

Pero Dios se ha reservado la llave del porvenir; la curiosidad, empeñada en descubrir lo que sucederá, y la importancia para satisfacerla, hacen desesperar. Hé aquí por qué, desprendiéndose el alma de esta idea inquieta y abrumadora, se acoge á la tradición, y reclinada en su seno, fija la vista en el dominio de las pasadas edades, recuerda y medita. La brisa de la noche susurra entonces al oído palabras misteriosas que escuchamos como si fueran el suspiro salido del sepulcro donde yacen los primitivos moradores del valle de México; la imaginación puebla las calles con la vida de otros siglos; vemos á los aztecas en el esplendor de su gloria; asistimos á las escenas de la conquista de la ciudad por los castellanos; pasan á nuestros ojos las generaciones que les siguieron, dejando la huella de su existencia en los monumentos gran-

diosos que por todas partes nos rodean; y entregados al mágico poder de la ficción, en cada sombra procuramos entrever un secreto, y cada edificio bañado con la claridad de la luna, nos dice en voz baja: yo guardo una conseja

En efecto, la historia íntima del pueblo mexicano, la parte de vida más preciosa, la vida inmortalizada de los hombres que nos han precedido en este suelo, es un depósito sagrado que atesoran nuestros monumentos, por insignificantes que parezcan algunos á los ojos de la vulgaridad ó de la ignorancia. En cada uno hallamos el origen de una institución benéfica, el sello de la piedad y caridad de nuestros mayores, la personificación del espíritu religioso de otras épocas y el dejo agradable de otras costumbres en lo general más sencillas, ya que no más inocentes. Tal es el fruto que recoge quien con detenimiento y sin prevenciones injustas estudia á México monumental; tal es el que hemos procurado alcanzar en el paseo que de un convento á otro emprendimos hace días, en compañía del lector.

Durante este paseo, apenas ha habido calle en donde los ojos no se hayan detenido á contemplar con agrado alguna página interesante de nuestra historia ó de nuestra tradiciones populares. Quedamos, no ha mucho tiempo, en presencia del

convento de Santa Clara, y de la casa donde se asentó el palacio de Cuauhtémoc; y si el resultado de las investigaciones hechas entonces no fué muy satisfactorio, nos prometemos hallar más pávulo á la curiosidad, si no más interés, en el camino que vamos á seguir desde ese sitio al convento de San Cosme, hoy hospital militar, y en otro tiempo casa de recolección de franciscanos.

Desde luego nos llama la atención el colegio de Minería ó Escuela de Minas, como generalmente le nombran los extranjeros. ¿Quién puede pasar frente á ese edificio, sin quedar cautivado por la impresión que causa su arrogante y majestuosa arquitectura? Vémosle todos los días, y todos los días hallamos en él algo que admirar, algo que seduce y absorbe las potencias: los fundadores, y los que después de ellos le han conservado y mejorado, no deben haber sentido gastar el millón y medio de pesos que la obra ha tenido de costo, desde fines del siglo pasado, en que se comenzó, hasta el presente; y Tolsa, el gran arquitecto que le levantó, pudo muy bien haber dicho al verle concluido:—aquí se encierran todos los primores de mi arte, este edificio es mi pensamiento, con toda su elevación y hermosura, y él es la herencia que deja mi númen á los siglos venideros.

En la acera opuesta, una casa de aspecto serio y de formas altivas y correctas como las facciones de un romano, atrae la vista sin dificultad: fué un colegio de jesuitas, y hoy es el Hospital de San Andrés.

Ved más allá el palacio del mariscal de Castilla, haciendo esquina á la calle del Puente de la Mariscalá: tomó nombre esta calle, del puente colocado sobre la acequia que en otro tiempo atravesaba por aquellos sitios, y de una de las poseedoras del título antes mencionado.

“La dignidad de mariscal de Castilla, fué instituída por el Rey Don Juan I, en 1382, y con ocasión de la guerra de Portugal: el primero que la obtuvo fué Fernando Alvarez de Toledo, señor de Valdecorneja: el oficio del mariscal de Castilla, es asistir al rey en los consejos de guerras, campañas y desafíos, aposentar los ejércitos en los alojamientos, para lo que tiene jurisdicción sobre los maestros de campo: han llegado los soberanos á crear hasta seis mariscales en Castilla.” El “Diccionario de Historia y Geografía,” que nos ministró esta noticia, omite la que era de esperarse tocante al sujeto condecorado con esta dignidad en nuestro país, y cuya familia representó durante el gobierno colonial un papel importantísimo. Esta familia poseyó grandes

riquezas y desplegó siempre un lujo que igualaba, si no excedía, al de la casa de los condes de Santiago, modelo de la aristocracia mexicana. Su palacio, coronado de almenas, amplio y cómodo, construido para hacer rostro á todas las injurias del tiempo, aunque de arquitectura tosca y ramplona, era el centro de lo que hoy llamaríamos "buen tono;" y á los bailes y saraos que animaban sus salas, adornadas con boato régio, concurría lo más galano de la sociedad de aquellos tiempos, el valor, el talento, la hidalguía y la belleza. Aun hay memoria, gracias al diario de Castro Santa-Anna, del festejo que hizo un mariscal de Castilla en la noche del 7 de Mayo de 1758, para obsequiar al virrey marqués de las Amarillas y á la virreina, á quienes convidó á ver pasar desde su casa la procesión con que vino esa tarde Nuestra Señora de los Remedios á la capital.

Hallábase el palacio vistosamente aderezado: la señora mariscala había convidado á muchas damas principales, para que la acompañasen á cortejar á la virreina, que así ella, como su esposo, vinieron de San Angel, sólo con objeto de presenciar el acto religioso antes dicho. Concluido éste, "se les ministró á sus excelencias un especial y exquisito refresco, de todo género de dulces, masas, frutas

de horno, quesos, canutos y bebidas heladas, sirviendo el refresco á sus excelencias y las señoras, los caballeros parientes de dicha casa, siguiendo después un festejo de los principales músicos y todo género de instrumentos, que duró hasta las once de la noche, á cuya hora se restituyeron sus excelencias á San Angel... y al día siguiente remitió á la Excma. señora virreina, la señora mariscala, una hermosa fuente de plata, llena de exquisitos dulces, y en medio una hermosa pinya de plata de martillo, y en los lados dos jarras de la misma especie, con pulidos ramos; otra fuente más pequeña, llena de bucaritos de Guadalajara, exquisitamente guarnecidos, cuyo obsequio estimó mucho dicha Excma. señora."

Se vé, por esto, cuán rumbosa era la corte de México, y cuán sobrada razón tenían los grandes de España en aspirar al virreinato, que tantos goces y utilidades les proporcionaba. Mas apartemos la vista de esa escena de costumbres del siglo décimo-octavo, y fijémosla en el templo que se levanta pasado el palacio del mariscal, rumbo al Poniente.

Allá por los años de 1525 y 1526, cuando apenas empezaba á poblarse esta parte de la ciudad, había en la calzada de Tacuba, ó "camino que va á Tacuba," como entonces se decía, tres árboles secos, que

se divisaban á distancia como espectros silenciosos y pensativos. Junto á ellos se edificó una iglesia, y en ella fundó Hernán Cortés una archicofradía de nobles, con el título de la Cruz, formando estatutos y constituciones que fueron aprobadas por Fr. Domingo de Betanzos, vicario general del reino, por auto de 30 de Marzo de 1527. En el mismo año y el siguiente, se concedió á los cofrades un sitio para que fabricasen ermita ú hospital anexo á la Iglesia. Venérase en ella el Señor de la archicofradía, que por estar siempre cubierto con siete velos, le llama el vulgo el Señor de los Siete Velos. Esta iglesia, que fué erigida en parroquia desde el año de 1568, y que hace fachada al Poniente, formada en la mayor parte de sillares, y de orden dórico, es la que conocemos con el nombre de la Santa Veracruz.

Separado de esta iglesia por un espacio de cincuenta metros, se halla el templo de San Juan de Dios, en situación inversa á la de la misma, de manera que las fachadas se miran: los edificios tienen aproximadamente la propia forma, y las propias dimensiones; y al verlos con sus erguidas torres y el uno frente al otro, como si se contemplasen, no pueden menos de representarse á la fantasía como dos gigantes petrificados un momento antes de venir á las manos.

Con más detenimiento hablaremos después, de la iglesia de San Juan de Dios y por ahora entremos á la Alameda. La capital es deudora de este paseo, al virrey Don Luis de Velasco el II, que lo mandó formar, en parte, del terreno conocido entonces con el nombre de "tiánguis de Juan Velázquez." Era este sujeto, según nos informa Alamán, un indio principal que tenía su casa por allí; y antes que se fundase San Francisco, todas las mercedes de solares que se hicieron en la calle de este nombre, se designan con el de "la calle que va al tiánguis de Juan Velázquez."

Pero la Alameda, en su principio, ocupaba un espacio menor que el que hoy abraza: á la parte de Oriente había una extensa superficie donde se construyeron casas, y en las que pertenecían á Doña Catarina de Peralta, viuda de Don Agustín Villanueva y Cervantes, fundó esta señora en el año de 1600 el convento de Santa Isabel, al cual consagraremos en breve algunos recuerdos. Por el lado del Poniente tampoco llegaba hasta el límite que tiene actualmente, y entre la línea que la terminaba y la iglesia de San Diego, se extendía una plazuela donde estaba el quemadero de la inquisición, no exactamente en el medio, sino mas cerca de la parte donde después se fabricó el

acueducto de la Tlaxpana. Años después, adquirió la extensión que hoy ocupa, y fué por mucho tiempo el único paseo que disfrutó la población. Recién consumada la independencia de nuestro país, cuando fué separada de la plaza la estatua de Carlos IV, donde se asentaba sobre un magnífico pedestal en medio de un zócalo rodeado de balaustrada de piedra, los restos de ésta, así como las cuatro rejas que correspondían á otras tantas puertas que daban entrada á ese recinto, se trasladaron á la Alameda, donde las rejas desempeñan el mismo papel, colocadas en los ángulos de ella; y todavía hoy presentan las letras M. G., cifras del nombre Miguel de la Grúa, que era el del marqués de Branciforte, autor del monumento erigido al monarca, su bienhechor. El Ayuntamiento ha mandado poner últimamente en las puertas que dan frente á Corpus Christi y á Santa Veracruz, las dos rejas con que se cerraban las entradas al cementerio del convento de San Francisco.

Prosiguiendo nuestro camino, llegamos al templo y hospital de San Hipólito. Toda la calzada de Tacuba, pero muy especialmente este monumento, trae á la memoria un suceso escrito en nuestros fastos con caracteres indelebles: queremos hablar de la retirada, ó, más bien,

fuga de Cortés con su ejército, verificada la noche del 30 de Junio ó madrugada del primero de Julio de 1520. Todos sabemos las desastrosas circunstancias que imprimieron un carácter tan terrible á ese suceso, cuyo sólo recuerdo en mejores días hizo temblar más de una vez á los conquistadores, y que ha sugerido el expresivo nombre de "noche triste," para denotar el tiempo en que tuvo cabida.

Pues bien, cerca del sitio donde la matanza fué más horrible durante esa célebre jornada, un español llamado Juan Garrido, vecino de México, fundó una ermita que llevó primero su nombre, y después el de "Los Mártires," pues por tales eran tenidos los conquistadores que morían en las guerras, á que los inducía su sórdida codicia. Llamóse en seguida de San Hipólito, "y de ella, dice Alamán, tomó el nombre la hermandad que fundó en 1567 el venerable Bernardino Alvarez, por haberse establecido su hospital, contiguo á aquella capilla que le sirvió de iglesia. El objeto de esta fundación era recoger en el hospital á los convalecientes y ancianos, que no tenían medios de subsistencia, y también á los dementes, para cuya asistencia no había establecimiento alguno. Extendió también el fundador su celo caritativo, al cuidado de los polizones ó jóvenes que venían de Espa-

ña, faltos de auxilios y conocimientos, para cuya conducción desde Veracruz, donde morían muchos, por carecer de recursos para hacer el viaje, estableció una récua, y llegados á esta capital, les buscaba ocupación ó destino. La primera fundación, bajo el título y advocación de la Ascensión del Señor, se hizo en la casa que para ello donaron Miguel Dueñas y su mujer, Doña Isabel de Ojeda, en la calle de la Celada, lindando con la que era del escribano Antonio Alonso, en que después se construyó el convento de San Bernardo. La fecha de la escritura de esta donación, es de 2 de Noviembre de 1566. Este sitio pareció estrecho para su objeto al fundador, por lo que prefirió el inmediato á la mencionada capilla de los Mártires, cuyo patronato tenía el ayuntamiento, y siendo ésta de adobe, y muy maltratada, se trasladó poco después el depósito, á una sala baja que se había construído en el hospital, la que sirvió de iglesia mientras se fabricaba la nueva, que hizo el ayuntamiento de sus fondos, á instancias del virrey conde de Monterrey, y se dedicó en el año de 1739."

En esta misma iglesia se celebraba anualmente, el 13 de Agosto, una función solemne, en conmemoración de la toma de la capital por los españoles, á que

asistían el virrey, audiencia, arzobispo y demás autoridades, tanto civiles como eclesiásticas, viniendo á caballo y acompañando el pendón que conducía el alférez real de turno. Este mismo paseo se hacía la tarde del 12, con ocasión de la asistencia á las vísperas.

De la calle de San Hipólito se pasa á la del Puente de Alvarado... ¡el Puente de Alvarado! Tenemos que volver á contemplar el cuadro de la "Noche Triste."

Era ya el momento en que el primer albor, suave como la sonrisa de un ángel, y consolador como la esperanza, asomaba por encima de las montañas de Oriente, tiñendo de nácar los cielos y acariciando la diadema de hielo del Popocatepetl y de la Mujer Blanca.

A favor de esta claridad serena, se ofrecía á los ojos un espectáculo de sangre y desolación: la calzada de Tlacópan, faja blanquecina y prolongada, "via-crucis" de los invasores, estaba sembrada de cadáveres, y por toda ella no se oía más que una armonía dolorosa, el concierto fúnebre y siniestro que formaban los ayes de los heridos y el estertor de los moribundos. El ambiente estaba tranquilo, y la brisa había plegado sus alas para detenerse á escuchar... Pero, ¿qué causa esa gritería, producida repentinamente

allá á lo lejos? Un arrogante adalid, sólo, herido, y cuando ya los suyos están en salvo, se halla en un trance horrible cerca de la segunda cortadura hecha en la calzada para impedir el paso á las huestes españolas. Ha perdido su hermosa yegua alazana, con la cual se hubiera abierto paso entre el enemigo y pasado el foso á nado; pero sólo conserva su lanza, no le queda más que su valor, el valor, que jamás desfallece en las almas de su temple; no tiene tiempo que perder; rompe por entre la turba de mexicanos, sedientos de su sangre; y apoyándose en la lanza para levantarse, hace un esfuerzo sobrehumano; se le ve un instante suspenso en el aire y cae en seguida al otro lado de la cortadura... ¡Verdaderamente que este hombre es hijo del sol, es "Tonatiuh!" exclaman á una, poseídos de espanto, los aztecas, al presenciar esta hazaña, y suspenden toda hostilidad.

Años después, sobre la acequia que pasaba cortando la calzada hácia el lugar donde comienza la arquería del acueducto de la Tlaxpana, hubo de colocarse un puente que se llamó "Puente del salto de Alvarado," y ahora tiene este nombre toda la calle que se extiende hasta la de Buena Vista.

Es de advertir que esa arquería se prolongaba aún no ha muchos años, hasta

la entrada de la calle del Puente de la Mariscala. Construyóse, para obviar los inconvenientes que se seguían, de que el agua delgada viniese á la ciudad por la antigua atargea mandada fabricar en el cabildo de 7 de Octubre de 1524. Cada arco tuvo de costo mil pesos, y la obra se acabó á mediados del siglo décimo-séptimo.

Desde la calle de Buena Vista comienza propiamente el barrio de San Cosme, es decir, la parte más amena, más salubre y agradable de la ciudad. A la izquierda tenemos la casa de la señora Doña Victoria Rul de Pérez Gálvez, que no sin razón es reputada por uno de los edificios mejor construídos y de más bella arquitectura. Su fachada es única en México, y sus puertas y ventanas, ordinariamente cerradas, le dan cierto aire severo y misterioso que cautiva el ánimo, haciendo recordar las mansiones silenciosas y aristocráticas que representan un papel tan importante en el orbe de las novelas: es el "palazzo" de un príncipe italiano.

A la derecha se disfruta la vista de un cuadro risueño. Después de pasear las miradas por las hileras de fresnos que pueblan las calles, y por algunos jardines perfectamente cultivados, se fijan con placer en las casas del señor Hidalgo, arquitecto

to distinguido, y las cuales, como suyas, y edificadas bajo su dirección, pueden proponerse como muestra de un gusto delicado.

Pasada "la Garita," además de la casa de Polidura, á uno y otro lado de la calzada, no faltan edificios graciosos y elegantes que observar, sobre todo si dando rienda suelta á una curiosidad muy disculpable, se penetra con la vista en lo interior de ellos, para formarse idea del cuadro que ofrece la vida de sus moradores.

Esto es fácil, aprovechando el medio con que brindan las ventanas situadas á poca altura, y francamente abiertas á tales y cuales horas del día. Tiestos con plantas coronadas de flores engalanando los corredores y patios; huertas y jardines primorosos, matizados, hechiceros, como el ramillete de una ninfa; en las habitaciones, buenos muebles, aseo, bienestar, alegría, y aun lujo, hé aquí el espectáculo que, con raras excepciones, se goza recorriendo los edificios de que hablamos.

Sí, ¿queréis respirar un aire puro, balsámico, lleno de vida; queréis distraeros de una idea enojosa, deponer la molestia, la desazón, que regularmente ocasionan los negocios, y recobrar el vigor de espíritu necesario para volver á ellos con

más aptitud; queréis espaciarnos por un cielo menos reducido que el que os dejan libre en la ciudad los edificios, y ver árboles, sembrados y hermosas casas de campo? Venid á San Cosme: este barrio es la poesía de México; desde Buena Vista hasta la casa de los Mascarones, tenéis un perpétuo idilio, ó, más bien, una serie de armonías apacibles, exquisitas, seductoras; una colección de páginas siempre interesantes, perfumadas de amor, de tiernas ficciones y de memorias imperecederas. Aquí tiene la hermosura su mansión predilecta, y para ostentarse en todo su esplendor, no se vale de costosas galas, ni de afectados y prosaicos atavíos que reprueban á una voz el arte y la naturaleza; aquí, por el contrario, lográis contemplarla en ese traje de elegante y simpática sencillez, que sólo un gusto muy refinado sabe estimar; y si al pasar junto á la ventana donde se asienta como una reina, os dirige una mirada, sentís que os envuelve una atmósfera embriagadora en que se respira un amor inefable, y conserváis en lo íntimo del corazón, el encanto de esa mirada, como la impresión que causa un rayo de la luna, deslizándose por entre el follaje de los árboles de un soto.

El barrio de San Cosme es, por otra parte, el esfuerzo grandioso de la ciu-

dad para cimentarse en mejor sitio; es la aspiración á un aire menos infecto y á un terreno menos ocasionado á inundaciones. Los conquistadores tuvieron, además, otra mira al poblar ambos lados de la calzada, cual fué la de proporcionarse un paso seguro hasta la tierra firme, por entre dos líneas de edificios, en caso de haber necesidad de una salida como la de la "Noche Triste." Para conseguir ese objeto, mandaron ensanchar la calzada, y señalaron solares en uno y otro lado, que concedieron á los principales sujetos vecindados en la capital, con obligación de fabricar casas continuadas sin interrupción, ó, según la expresión usual en aquel tiempo, "con casa muro por delante y por las espaldas."

Realizado en gran parte este designio, como la calzada, aun después que se le dió mayor anchura, estuviese bañada de una y otra orilla por las aguas del lago, con toda propiedad pudo decirse que las casas edificadas en ella se hallaban en "la ribera," conociéndose al presente con tal nombre, todo el barrio, dado que ya desapareció el motivo.

Reflexionando en la singular disposición de este barrio, no puede menos de pensarse que sería bien curiosa la vista que en aquella época ofrecería México, observado desde cierta altura. Ocupaba

el lago una grande extensión del valle, y la ciudad, asomando en medio de las aguas, era una ondina que al bañarse negligentemente en presencia del cielo y de la cordillera, tenía extendido un brazo, para asirse de la tierra firme.

II.

Historia del Convento.

Llegamos por fin al término de nuestro paseo, el establecimiento religioso que por tantos años ha sido testigo de los principios y transformaciones de esta parte de la ciudad, viviendo absorto en medio de un espectáculo de animación, engrandecimiento y mejora. Para encerrar en breve espacio los principales hechos, concernientes á su fundación y progresos, no podemos hacer cosa mejor que trasuntar el siguiente pasaje del "Diccionario de Historia y Geografía," copiado en él de otra obra que no conocemos.

"El convento de San Cosme, de padres franciscanos recoletos, fué en sus principios, hospital para indios forasteros. Lo fundó el Ilmo. señor Don Fr. Juan de

Zumárraga, y por falta de rentas, no pudo subsistir.

“Habiendo venido el año de 1581, la segunda misión de religiosos franciscanos de la reforma de San Pedro Alcántara, para pasar á fundar á Filipinas, los señores virreyes, conde de la Coruña, y Don Pedro Moya de Contreras, actual arzobispo, les dieron este hospital para hospicio, y mantuvieron su posesión hasta el año de 1593.

“Fundado el convento de San Diego, de esta provincia de México, se pasaron á él los descalzos, y entonces pidieron el hospital los observantes, para ayuda de parroquia, hasta el año de 1667. El 7 de Mayo de este año, celebró capítulo provincial la provincia del Santo Evangelio, y se resolvió á dar cumplimiento á las patentes de los superiores, en que se mandaba erigir en esta provincia, casa de recolección, como las hay en las provincias de la regular observancia, y determinaron poner la primera en el convento de San Cosme. El padre comisario general, Fr. Fernando de Rúa, llevó en procesión, desde el convento grande, á los RR. PP. Fr. José de Trujillo, guardián, Fr. Francisco de Sala, vicario y maestro de novicios, cuatro predicadores, tres novicios y tres legos, que todos abrazaron voluntariamente la recolección.

“Luego que dejaron ese hospicio los padres descalzos de San Diego, y entraron en él los de la regular observancia, para ayuda de parroquia, un caballero nombrado, Don Agustín Guerrero, que tenía una casa y huerta contigua al hospital, la dió á los religiosos, y ofreció labrarles mejor iglesia, dando el patronato.

“En efecto, se lo dieron y se comenzó á fabricar la iglesia, con el nombre de Nuestra Señora de la Consolación. Murió el patrono, cesó la fábrica, y quedó imperfecta la obra. Erigido en casa de recolección, se reconvinó á Don Diego Guerrero, sucesor en el patronato, para que cumpliendo lo estipulado concluyese la obra: no pudo ejecutarlo, y renunció el patronato para que el guardián y religiosos pudieran elegir nuevo patrono. Eligieron á Don Domingo Cantabran (Cantabrana le apellidan Vetancurt y el Lic. Robles), á cuyas expensas se concluyó la iglesia, convento y noviciado, y él y sus sucesores son patronos.

“La iglesia está situada de Oriente á Poniente: á este viento el altar mayor, y á aquél la puerta principal. Está muy bien adornada, y se dedicó el día 13 de Enero de 1675, bajo el mismo título de Nuestra Señora de la Consolación, cuya milagrosa imagen está colocada en el re-

tablo mayor. Para con el vulgo conserva todavía la iglesia y el convento, el primer nombre de San Cosme y San Damián, y algún tiempo fué conocida con el nombre de los "Descalzos Viejos."

"Luego que se fundó esta recolección, se trasladó la ayuda de parroquia al sitio en que estaba una ermita dedicada á San Lázaro, distante un cuarto de legua de San Cosme, al mismo rumbo del Poniente, en el pueblo que hoy llaman San Antonio de las Huertas. Este se había fundado poco antes, de orden del virrey, marqués de Mancera, y se le había dado el título de Villa de Mancera, que no subsistió. Administraron los padres franciscanos observantes en este pequeño pueblo, hasta el año de 1769, en que de orden de S. M. entregaron al ordinario el curato primitivo de Señor San José, de que era ramo esta doctrina.

"En la corte se halla un cuaderno que trata menudamente de esta recolección, que escribió y entregó al regidor Beye Cisneros el P. Fr. José Díaz, guardian que fué de dicha recolección."

Acaba de verse que además de los padres Fr. José Trujillo y Fr. Francisco de Sala, hubo cuatro predicadores, tres novicios y tres legos, todos fundadores de la casa de recoletos cosmistas. Bueno

será no ignorar sus nombres, que son los siguientes:

Predicadores: Fr. Cristóbal Infante, Fr. Francisco de Ibarra, Fr. Luis Castro, y Fr. Antonio Aguado.

Novicios: Fr. Andrés de Borda, Fr. Antonio del Villar, y Fr. Antonio Rodríguez.

Legos: Fr. José de la Concepción y Mesa, Fr. Juan de Guzmán, y Fr. Juan de San Antonio.

El sentimiento que presidió á la erección del convento y conclusión de la segunda iglesia, fué respetable; fué la gratitud. Don Domingo de Cantabrana, noble caballero, natural de Santo Domingo de la Calzada, recién venido á México, y andando una vez por el camino de Tacuba, al caer de la tarde, vió repentinamente cubrirse el cielo de nubes tempestuosas: desatóse en seguida un terrible aguacero; y no teniendo entonces el caballero alguna casa en el barrio, donde refugiarse, llamó á las puertas del convento, que se le abrieron sin tardanza, siendo después obsequiado por los religiosos durante la noche, con los agasajos que su pobreza les permitía usar. No echó á las espaldas aquel humilde, pero cordial hospedaje, y en retribución, determinó levantar á su costa la iglesia y convento de que vamos hablando, habiendo llega-

do la hidalguía de su comportamiento, hasta el grado de rehusar el patronato que merecidamente le correspondía; de manera que no es exacto lo que á este respecto se asienta en el pasaje antes copiado. Consta así, de un cuadro que se halla en la iglesia, colgado á uno de los muros laterales que dan al Presbiterio, y representa á San José sostenido por un grupo de ángeles, debajo del cual están de rodillas algunos religiosos, con tres seglares: uno de éstos es Cantabrana, que designa el patronato en el Santísimo Patriarca, y otro, el escribano, que extiende la escritura respectiva. En la parte inferior de la pintura, obra de Don José de Alzibar, artista distinguido y discípulo de Ibarra, se ven las siguientes líneas, que explican el asunto:

“Habiendo dado fenecimiento á la fábrica de esta iglesia, el capitán Don Domingo de Cantabrana, en la que trabajó, no sólo con mucha parte de su caudal, sino también con la asistencia personal; guiado sólo del auxilio de Dios y de la Divina Inspiración, para darle entero cumplimiento á su religiosa acción y caritativa obra, cuando el R. P. guardián Fr. Joseph de Ortiz, los PP. Discretos y el síndico, que era actual Don Jo-

seph de Quesada Cabrerros, trataba con licencia del R. P. Ministro Provincial, que entonces era, de darle la posesión y patronato, que tan de justicia se le debía al dicho capitán Don Domingo de Cantabrana; mostró el desinterés y cristiano celo que tuvo para tal obra, que era, no por fin temporal, sino sólo por el aumento del culto divino, exaltación y gloria del glorioso Patriarca Señor San Joseph, pidiendo á los dichos PP. y síndico, que en su lugar admitiesen al Santo Patriarca por patrón, y renunciando jurídicamente el tal derecho, en su nombre y de sus herederos, lo admitieron los PP. así unánimes “ad perpetuam rei memoriam,” y otorgó el síndico este contrato, firme é irrevocable: en testimonio de lo cual, así el patrón, como los PP. y síndico, en presencia de escribano público y testigos, pusieron la escritura en manos de este Santísimo Patriarca, como más largamente consta de la escritura que se guarda en el archivo de este convento de Nuestra Señora de la Consolación, vulgo de San Cosme, extramuros de la ciudad de México, fecha á 11 de Enero del año de 1675. Movido del mismo amor, culto y devoción al Santísimo Patriarca Señor

San Joseph el señor Doctor y Maestro, Don Agustín de Quintela, actual síndico de este convento, "ad perpetuam rei memoriam," hizo pintar este lienzo y altar, á su costa; reiterando la entrega del patronato de esta iglesia, como síndico, al Santísimo Patriarca Señor San Joseph, el año de 1762, á 19 de Febrero del mismo año."

Cantabrana hubo de quedar muy satisfecho de esta acción, así como de la belleza del templo, el cual es de una hechura soberbia. No tiene más que una nave espaciosa esbelta, y de bóveda tan elevada, que al levantar los ojos para contemplarla, se siente sublimado el espíritu, como á la presencia de todo objeto ó imagen que sugiere la idea de lo infinito. Los arcos y bóveda que sostienen el coro, llaman también la atención, por su muy poca corvatura.

Volviendo al Presbiterio, frente por frente del muro donde está el cuadro poco antes descrito, se halla el monumento sepulcral del virrey marqués de Casafuerte, magnífico para el mal gusto del tiempo en que se construyó, según dice, con razón, Alamán. Fué este virrey, uno de los pocos hombres dignos de gobernar. Nació en la ciudad de Lima, y por es-

pacio de cincuenta y nueve años que sirvió á la corona en distintos puestos, descolló por su capacidad y por otras prendas no comunes. Su buen manejo en el gobierno de nuestro país, le granjeó la confianza de Felipe V, que á la sazón ocupaba el trono de España, mereciendo se le otorgasen amplias facultades y se le prolongara el virreinato hasta su fallecimiento. En su tiempo, se levantaron los magníficos edificios de la casa de moneda (hoy Palacio de Justicia) y la aduana de México; se practicaron las visitas de los presidios de las provincias internas, comisionándose para ello al brigadier Don Pedro de Rivera, que arregló todo lo concerniente al mejor servicio de tan importantes establecimientos; y se estrenó el año de 1730, en el coro de la metropolitana, la reja de metal de China, que tanto admiran los inteligentes, la cual fué construída en la ciudad de Macao, según los dibujos que se remitieron de México. Finalmente, murió el marqués de Casafuerte, dejando una memoria agradable á la posteridad, así por los relevantes servicios que prestó en el gobierno, como por las muchas fundaciones piadosas á que destinó su caudal.

El monumento á que nos referimos poco antes, es una especie de alto relieve figurando un pedestal, sobre que descan-

san cuatro pilastras que sostienen una pieza á manera de fróntis. En los espacios que dejan entre sí estas pilastras, se ven unas láminas de mármol, con las siguientes inscripciones:

I.

Don Juan Acuña, marqués de Casafuerte, murió siendo virrey de este reino, en 17 de Marzo de 1734. Está sepultado en este presbiterio.

II.

Vivere non desiit
Qui mori didicit, ut aeternum viveret.
Assuetus Dei timori
Nihil habuit ultra, quod in bello timeret.
Nec hostes prius vicit,
Quam sui victor de venere triumpharet.
Novo impositus orbi
Exemplo potius, quam imperio eminuit.
Non tan coelibem quam coelitem crederes
Qui nullo potuit auro corrumpi,
Modesto corporis cultu.
Dignior est visus, quem colerent, omnes
Mortales: demum hic posuit exuvias
Et heredem sui nominis.
Ingentium memoriam meritorum
Scripsit.

III.

Descansa aquí, no yace, aquel famoso
Marqués, en guerra y paz esclarecido.
Que en lo mucho, que fué, lo merecido
No le dejó qué hacer á lo dichoso:
Ninguno en la campaña más glorioso,
Ni en el gobierno fué tan aplaudido,
No menos quebrantado que sufrido.
Vinculó en la fatiga su reposo.
Mayor que grande fué, pues la grandeza,
A qué pudo incitarle regio agrado,
Fué estudiado desdén de su entereza,
Y es que retiró tanto su cuidado
De lo grande, que tuvo por alteza
Quedar entre menores sepultado.

Al pie del cenotafio se halla una losa de mármol de Tecali, que es la que cierra el sepulcro, y contiene otra inscripción en que se enumeran los empleos y dignidades que obtuvo en vida el marqués, y que omitimos, por no hacer más difuso este capítulo.

III.

Nuestra Señora de Consolación.

Pero no saldremos de la iglesia sin consagrar una mirada al tabernáculo del altar mayor. En él se encierra una imagen que ha sido por casi dos centurias, según puede conjeturarse, el imán de los corazones piadosos, el objeto á quien tributan un culto constante los habitantes de la capital, y señaladamente los vecinos de la Ribera. Esa imagen, que es una estatua de reducido tamaño, representa á la Virgen María sosteniendo con la mano izquierda al niño Jesús, y extendiendo el brazo derecho como para asir algún objeto colocado en el suelo, al cual dirige la vista con interés. En otro tiempo tenía realmente asida la efigie de una niña, en actitud de salvarla de un grave peligro: mas al presente, sólo la tiene esculpida en su vestidura metálica, para memoria de ese hecho.

Cualquiera conoce desde luego á la vista del bello simulacro, que se trata de un portento debido á la Virgen María, y hé aquí lo que nos refiere acerca de él la leyenda.

En el barrio llamado de "Tlaxílpam," que empieza en el linde occidental del de

San Juan, y se dilata rumbo á San Diego, vivía una buena señora, dechado de virtudes domésticas, que cifraba todo su amor en una hija única, niña de dos á tres años. María (que este era el nombre de la niña), gustaba sobremanera, como todas las personas de su edad, de divertirse vagueando y corriendo por el patio de la casa. La mirada de la madre tiene que ser tan vigilante y solícita, como la de la Providencia; de otra manera, los hijos, mayormente en la puericia, rara vez dejan de ser acometidos por los infortunios y sinsabores á que los expone su inexperiencia, y esto fué cabalmente lo que pasó con María.

Traveseaba en el patio, cerca del pozo, en cierta ocasión en que la madre había descuidado de ella enteramente; y subiendo á la parte superior del brocal, dió incautamente algunos pasos, se distrajo, y cayó de golpe en el agua.

Por de pronto no la echó menos la madre, entretenida, como estaba, en sus quehaceres; mas pasado algún tiempo, salió al patio, y advirtiendo que no estaba allí, comenzó á llamarla á voces. Inútil fué esta diligencia: la niña no podía responder, la niña se había ahogado.

Traspasada de dolor y fuera de sí, la señora, tan luego como supo con evidencia lo sucedido, cayó en seguida en un

estado de inmovilidad que revelaba el más cruel desaliento, y en él permaneció durante algunos minutos. Alzó después los ojos al cielo; paseó la vista por la bóveda azul; se engolfó en la inmensidad tranquila, silenciosa, esplendente; y aunque al contemplarla sintió oprimido el corazón con un pesar inefable, y derramó lágrimas sin tasa, poco á poco se fué serenando, como si su alma bebiese en el empíreo la paz, la resignación, el valor y fortaleza que había menester para triunfar en aquel horrible trance. A la desesperación muda, al dolor intenso que la abatía ó la exaltaba hasta el delirio, sucedió una melancolía dulce, suave, como la fragancia del nardo, y la idea religiosa cruzando su mente como un rayo de la luna, llenóla de consuelos celestiales y despertó en ella la fe, la fe ardiente y sencilla, la fe que sostuvo al discípulo de Jesús sobre las desenfundadas olas del Océano.

El nombre de la niña, María, resonó en lo íntimo de su sér, como una armonía deliciosa: María es la estrella del mar, el amparo del naufrago;—ella será también mi refugio y mi esperanza, se dijo con aire de triunfo la afligida madre, y corre á su habitación, y vuelve, trayendo consigo una pequeña imagen de María. La desgracia no ratiocina, la desgracia

cuando es extrema, ni duda ni filosofa, es crédula y candorosa, porque su alimento es la fe.

Aquella madre desolada, movida de un espíritu superior á la humana flaqueza, ata una cinta á los brazos de la efigie y la baja hasta el fondo del pozo, donde yacía flotando el inanimado cuerpo de su hija.

No salió fallida su esperanza. El autor de la vida quiso, por intercesión de María, volver á animar el cadáver de la niña; y un momento después, quedó asombrada la buena señora, al ver el agua del pozo hervir, y levantarse hasta el brocal, á manera de una ola, trayendo encima á la divina estatua, que conducía de la mano á la niña, viva y sin lesión alguna.

El milagro se hizo público, y teniéndose por más decoroso que la imagen se venerase en alguna iglesia, y no que continuase en la casa de la señora, suscitóse disputa entre varias de las iglesias circunvecinas, alegando unas la cercanía del lugar donde se verificó el portentoso, y otras la jurisdicción á que pertenecía, como otros tantos derechos para poseer aquel tesoro. Convínose en decidir la contienda por la suerte, y ésta favoreció al convento de San Cosme.

Desde entonces empezó á ser conocida esta imagen, con el nombre de "Nuestra

Señora de Consolación," y ocupando el tabernáculo del altar mayor, ha sido también desde entonces el objeto de la devoción del vecindario. Llamóse, asimismo, "Nuestra Señora del Valle," bien porque la casa en que estuvo pertenecía al marqués del Valle, bien porque los labradores del valle cercano la invocaban en la seca que los campos padecían, ó, lo que parece más cierto, porque en Sevilla la Vieja, hay, según dicen, una imagen con el título "del Valle," que hizo un milagro semejante al referido.

Acerca de este milagro, no seremos nosotros los que pretendiendo sujetarle á examen, aplicándole el lente de la crítica, ni mucho menos burlarse de la tradición, que le ha consagrado por cierto; pues aunque poco ó nada aficionados á lo maravilloso, comprendemos que es tan fácil al entendimiento desdeñar lo que no concibe, como le es imposible fijar límites á la omnipotencia divina.

IV.

Algo más acerca del convento.

Si de la iglesia pasamos al cementerio, nos hallamos agradablemente sorprendidos á la vista de dos fresnos eminentes, insignes, en especial uno de ellos, digno rival del "árbol bendito" de Tacubaya. Contemporáneos del convento, mientras éste va caducando, si se permite decirlo, crecen ellos lozanos y majestuosos, convidando al paseante á gustar frescura y solaz bajo su copa.

La sombra de estos gigantes del reino vegetal, se derrama por casi todo aquel sitio, poco frecuentado, comunicándole un aspecto severo y triste, que sienta bien á la mansión de los finados. Así es que no causa extrañeza ver al pie de la cerca que separa del bullicio aquel recinto fúnebre, dos tumbas sencillas y aisladas, una de las cuales encierra juntamente los restos de un padre y de su hija, habiendo muerto el primero en 14 de Junio y la segunda en 12 de Agosto de 1837. Ignoramos el nombre de la hija; mas no el del padre, que ocupa un lugar distinguido en nuestro fastos: este sujeto fué Don D. fael Mangino, uno de nuestros hombres públicos más notables, por su honradez,

talento é instrucción, en materias de hacienda. La otra tumba ofrece la particularidad de estar aprisionada bajo una poderosa reja, á manera de jaula. Carece de epitafio, y hasta ahora no hemos podido averiguar cuyas son las cenizas que encierra. Las inscripciones sepulcrales debian quedar reservadas para los muertos ilustres, y señaladamente para aquellos que en vida ejercitaron altas virtudes ó sobresalieron por heróicos hechos, cuya memoria interesa á la humanidad que se conserve, como una lección digna de ser imitada. Aun en este caso fuera de desearse que no se diese cabida á esas pomposas relaciones sugeridas por la vanidad de los vivos, y que no hacen más que infundir sospechas respecto de los elogios que en ellas se prodigan: la memoria de un grande hombre, vive en la historia como en su propio dominio y en la tumba que guarda las reliquias de un finado verdaderamente ilustre, basta grabar su nombre. Por lo que mira á la existencia cuyas modestas virtudes sólo brillaron en el recinto del hogar doméstico, descubrir-la á los ojos del vulgo es exponerla á la profanación: el corazón de los que la aman la guardará como un perfume, y si la echa en el olvido, ¿para qué es el epitafio inscripto en la losa de su tumba?

Dejemos el cementerio.

El convento, aunque espacioso, es un modelo de mal gusto en punto á construcción, y no parece sino que el arquitecto se propuso hacer alarde de que sabía reproducir perfectamente en sus obras la infancia del arte. Con todo, la vista de los carcomidos muros del edificio, excitaron los religiosos que vertieron después su sangre en el Japón, en defensa de la fe, y entre ellos, San Felipe de Jesús; floreció en él Fr. Pedro Bautista, buen religioso, célebre predicador, á quien Vetancurt llamó santo; y en él vive en honrosa pobreza, consagrado á las tareas de su santo ministerio, el último de los recoletos cosmistas, Fr. Ignacio, sujeto muy justamente querido de los vecinos de la Ribera, y de todas las personas que le tratan, pues en él hallan un amigo que para hacer bien no atiende á clases ni á opiniones políticas: carácter propio del ministro evangélico.

Finalmente, tanto cuanto la iglesia es hermosa por su parte interior, así es mezquino y adusto su aspecto por de fuera, mayormente si se compara con las casas de las bellas colonias de "Los Arquitectos" y de "Santa María," en medio de las cuales representa el papel de un ídolo azteca colocado entre estatuas esculpidas por Fidias y Cora.